

nientas mil piastras, y que indemnizara á los propietarios turcos, á quienes se obligaba á abandonar el territorio.

En el mes de Junio, se trasladaron á Constantinopla los embajadores de Francia é Inglaterra, á quienes el gobierno turco recibió con grandes muestras de amistad y respeto; pero no se presentó propicio á consentir en la mediación de las potencias. Sólo la suerte de las armas pudo vencer su obstinación. La campaña de mil ochocientos veintiocho había dejado incierta la victoria entre Rusia y Turquía; la de mil ochocientos veintinueve fué decisiva á favor de la primera. Paskevitch adelantóse en Asia hasta Erzerum, de que se apoderó. En Europa, el ejército ruso, á las órdenes de Diebitch, favorecido por la circunstancia de necesitar los turcos defenderse de los griegos que los atacaban por la parte del Epiro y de Tesalia, reapareció en Bulgaria, batió á los otomanos en Kulewtsch, tomó á Istria y, verificando una marcha sumamente atrevida, atravesó los Balkanes y llegó á Andrinópolis el veinte de Agosto. Pocos días después, destacaba sus avanzadas á unas leguas de Constantinopla. Diebitch se había jugado el todo por el todo, y su situación era muy comprometida. No disponía sino de unos veinte mil hombres, hallándose en pleno país enemigo y á mucha distancia de su base de operaciones: el bajá de Scodra, que se acercaba á marchas forzadas, podía cogerle de flanco y aniquilar sus huestes. Nicolás, que no ignoraba el riesgo que corría su general y que anhelaba ver concluida una guerra ruinosa, había solicitado en el mes de Junio los buenos oficios del rey de Prusia, con cuya hija estaba casado, y Federico Guillermo, accediendo á los deseos de su yerno, mandó á Constantinopla al general Müffling, con el encargo de acelerar el término de la lucha. Mientras Diebitch estuvo lejos, el Sultán no se dió á partido; pero al saber que amagaba un golpe sobre Constantinopla, tanto él como sus ministros perdieron la serenidad. Lo mismo les ocurrió á los embajadores de Francia é Inglaterra. El pánico fué general, no fijándose nadie en que, ganando algunos días, era casi segura la destrucción del ejército de Diebitch. No se pensó sino en la paz, conseguida á cualquier precio y sin dilación. Müffling no estaba ya en la capital del imperio turco; mas otro jefe militar prusiano, de Royer, se trasladó al cuartel general de Diebitch, y por su mediación, ajustóse, el catorce de Septiembre, el tratado de Andrinópolis y las convenciones destinadas á explicarlo y á asegurar su ejecución. En el tratado propiamente dicho, se comprometía el Czar á restituir á la Puerta las conquistas realizadas por los rusos en Europa, excepto las islas de la desembocadura del Danubio, pero retenía en Asia, además de las plazas ya cedidas por el tratado de Akkerman, las de Anapa, Potí, Akhaltzieh, Atzkur y Akhalkalaki; eran confirmados y garantidos todos los privilegios de Moldavia, Valaquia y Servia; la Puerta aseguraba el libre paso de los Dardanelos y del Bósforo, tanto á los buques rusos como á los de todos los pueblos con que estuviere en relaciones pacíficas; se reconocía á los súbditos rusos plena libertad de comerciar en el imperio otomano y de navegar por el mar

Negro; el Sultán debía abonar al Czar, en concepto de indemnizaciones particulares y de gastos de guerra, la suma de once millones quinientos mil ducados (ciento treinta y siete millones de francos), reservándose Rusia, en garantía del cumplimiento de esta obligación, el derecho de ocupar provisionalmente el territorio de Bulgaria y los principados; por último, la Puerta manifestaba adherirse pura y simplemente al tratado de Londres de seis de Julio y al protocolo de veintidós de Marzo. En las convenciones anejas, se regulaba el pago de las indemnizaciones, así como algunos extremos concernientes á Moldavia y Valaquia, figurando, entre estos últimos, el de que los hospodares no se nombraran ya por siete años, sino de por vida, y que las plazas fuertes que Turquía conservaba en la margen izquierda del Danubio, se entregaran á los principados y fuesen desmanteladas.

Esta pacificación, dice Debidour, era el triunfo más completo que Rusia podía prometerse por entonces en Oriente. La política altanera y resuelta de Nicolás había dado sus frutos. Con la pérdida de Moldavia, Valaquia, Servia y Grecia, sometidas á un régimen intermedio, preparatorio sin duda de la independencia absoluta, el imperio otomano quedaba abierto por todas partes á las ingerencias rusas. La Puerta estaba, además, pendiente de la voluntad del gobierno de San Petersburgo, á causa de las indemnizaciones, que seguramente no iba á poder satisfacer. Su enemigo, dueño en Asia de posiciones ofensivas contra ella y favorecido por la libertad del mar Negro y de los estrechos, por las ventajas comerciales y recabadas y por su influencia sobre los Estados vasallos, podía explotarla, paralizarla y moverle querrela cuando se le antojase, dominándola con menos gastos y peligros que si hubiese plantado la bandera moscovita en la cúpula de Santa Sofía. El Diván reconoció, poco después, cuanto le había perjudicado la precipitación con que obrará; mas ya era tarde.

Los griegos aparentaron resignarse al estado de vasallaje en que se les colocara; pero, independientes de hecho, pidieron en seguida serlo también de derecho, teniendo en su abono que dos de las tres potencias unidas por el tratado de Londres sostenían sus pretensiones. No agradaba, en efecto, á Francia, y menos gustaba aún á Inglaterra, que Grecia estuviere sometida al mismo régimen que los principados. La conferencia de Londres, que había reanudado sus trabajos en el mes de Octubre, decidió, por tanto, que en lo sucesivo ningún vínculo de dependencia ligase á Grecia con la Puerta, y el tres de Febrero de mil ochocientos treinta, se firmaron tres nuevos protocolos: en el primero, se proclamaba la independencia del Estado heleno; en el segundo, se designaba á Leopoldo de Sajonia-Coburgo como primer rey de la Grecia restaurada; en el tercero, se garantizaba la libertad de cultos, especialmente la del católico (por deferencia á Francia). Contra los deseos de Rusia, que hubiese querido que Grecia se extendiese hasta el golfo de Arta, á tenor de los acuerdos de veintidós de Marzo, no aceptados en este punto sin re-